

Hombre, síntesis de tiempo y eternidad

*¡Quién sabe si acaso lo que llamamos
vida no será una muerte
y lo que llamamos muerte
la vida de ultratumba! (Eurípides).*

J.AVELINO DE LA PIENDA
Universidad de Oviedo

RESUMEN: Despues de tocar los conceptos de *tiempo atmosférico* (físico) y *tiempo psicológico*, el artículo afronta el problema del *tiempo metafísico*. Para ello recoge las respuestas de distintas tradiciones y escuelas filosóficas sobre la pregunta ¿qué sucede después de la muerte? La reflexión sobre las distintas respuestas lleva a la conclusión de la implicación de la eternidad en el tiempo y viceversa. Misteriosa síntesis que el autor analiza siguiendo esas tradiciones y escuelas.

SUMMARY: After referring to the concepts of physical and psychological time, the article tackles the problem of metaphysical time. For that purpose it collects the answers from different traditions and philosophical schools about the question related to the death and its consequences. The reflection on the different answers leads to the conclusion that eternity is involved in the time and viceversa. This mysterious synthesis is analized by the author, following the mentioned traditions and schools.

Un acontecimiento

Y buscando el sentido de la vida tropecé con el tiempo. Algo tan familiar que ocupa diariamente las conversaciones de los humanos.

En cierta ocasión, un padre, José y su hijo, Jesús, se disponen a salir para la estación del tren a buscar a su madre que llegaba de un largo viaje.

- ¿Cómo está el día?, pregunta José a su hijo. ¿Sabes si va a llover? Tiene que haber mucha humedad porque me resiento del reuma.
- De momento no llueve, pero, por si acaso, llevamos un paraguas, responde Jesús mientras se peina ante el espejo.

El tiempo del que están hablando es el *tiempo atmosférico*. No es un tiempo tan externo a nosotros como puede parecer. Forma parte de nuestro ser. La materia que nos rodea, incluido el clima y sus cambios de tiempo, son una continuación de nuestro cuerpo individual. Éste no termina donde su piel. Todo lo que nos rodea nos concierne. El tiempo atmosférico es parte constituyente de ese cuerpo cósmico, que *compartimos* con los demás humanos y otros seres vivos. Una misma materia constituye nuestros cuerpos particulares y se traspasa de unos a otros

constantemente¹. Todos comulgamos de la misma materia. Ésta nos hermana con todos los seres de la Naturaleza, mientras los humanos con nuestros prejuicios culturales nos empeñamos en separarnos de los animales, de las plantas y demás cosas.

Padre e hijo ya están en camino. Utilizando el mismo término *tiempo*, entran en un nuevo sentido del mismo.

- Jesús, ¿Sabías que hoy cumplio cincuenta años? ¡Madre! ¡Cómo pasa el tiempo! Cuando era como tú, a los ocho años, el tiempo se me hacía larguísimo, porque tenía prisa en ser mayor. Y, sin embargo, aquel tiempo me parece que fue ayer.
- Pues lo mismo me pasa a mí, papá. Cuando tenga dieciocho años, ya podré conducir un coche, ¿verdad? Pero todavía me faltan muchos.

Un mismo tramo de tiempo se puede hacer muy largo para uno y muy rápido para otro. Depende de la situación anímica de cada uno. Se trata del *tiempo psicológico*. Las personas mayores sienten vivamente la rapidez con que pasa el tiempo. No quisieran envejecer tan deprisa. Los niños, por el contrario, tienen la sensación de que el tiempo transcurre demasiado lentamente, porque sus sueños no acaban de cumplirse. Tienen prisa por alcanzarlos.

Pero, tanto el padre como el hijo pueden coincidir en una misma sensación sobre la lentitud y rapidez del tiempo. Ambos esperan a la madre en la estación. El tren no acaba de llegar. Empiezan a pensar si habrá tenido un accidente. Pasan los minutos, pasan varias horas. El tiempo les apremia, se hace eterno. Están inquietos. Los minutos se alargan, parecen horas y las horas no acaban de pasar.

- ¡Papá! ¿Por qué no llega mamá? El padre, tan preocupado como el hijo y queriendo disimular su inquietud, contesta mirando hacia la vía por donde tiene que llegar el tren.
- Tranquilo, hijo, tranquilo, que ya falta poco.

En este sentido el tiempo es como un elástico que se acorta y alarga según la situación psicológica de quien lo siente. Pero, si ambas personas están afectadas por una misma situación psicológica, la sensación del tiempo también es la misma. Padre e hijo esperan ansiosos la llegada de la madre. Una misma espera les presiona y les hace sentir el tiempo como interminablemente largo.

Pero también es frecuente que, ante un mismo tramo de tiempo, dos personas tengan sensaciones totalmente contrarias. Mientras padre e hijo esperan en la estación, en la plaza del pueblo va a tener lugar un acontecimiento de supuesta justicia. Falta una hora para que el reo suba al patíbulo. Él desea que todo acabe cuanto antes. Esa hora se le hace interminable. Su madre espera todavía una última

¹ Cfr. J.A. de la Pienda, *Los factores de la educación*, Oviedo, 1997, pp. 40-50.

solución, necesita tiempo, quiere ver al juez. Se le ha ocurrido un último recurso que puede ser decisivo para la absolución. Hay que conseguir que se retrase la ejecución. *Está en juego la vida de su hijo. El tiempo vuela.*

En la estación del tren la conversación puede todavía profundizar un poco más y derivar a otro sentido de la palabra más radical y global. Ya no se trata del tiempo atmosférico que afecta a la salud ni del tiempo psicológico que se siente internamente según el estado de ánimo de cada uno.

Efectivamente, el tren tuvo un accidente. Han muerto varios ocupantes. Uno de los muertos es María, esposa de José y madre de Jesús.

— ¡Hijo, mamá ha muerto! exclama José con el rostro pálido.

Ambos se abrazan. Un profundo dolor baña sus cuerpos. Con lágrimas en los ojos se miran mutuamente. La mirada es toda una pregunta:

— ¿Y ahora qué?

Sus vidas han recibido un durísimo golpe. Pasados unos días, el niño pregunta a su padre:

— ¿Dónde está ahora mamá?

En realidad se lo preguntan los dos. Dan por supuesto que tiene que seguir viviendo en algún sitio y de alguna manera. La respuesta puede ser tan distinta como *religiones tiene la humanidad. Pero seguramente los padres de todas ellas se pondrían de acuerdo en esta respuesta:*

— Mamá no ha muerto en realidad. Sigue viviendo de otra manera, en otro mundo, en otra dimensión.

Muchos podrían añadir convencidos:

— Tu mamá sigue junto a nosotros, aunque no la podamos ver. Ella nos oye, nos ve, nos sigue amando como antes o más incluso. Algun día, cuando tú y yo nos muramos, estaremos con ella donde y como ella está ahora.

La conversación ha entrado en un sentido del *tiempo* mucho más misterioso. Un tiempo en el que se decide el sentido último de la existencia de cada uno. Es el Gran Tiempo Humano, que constituye el tema de tantos mitos en todas las tradiciones de la humanidad.

El padre, que es amigo de la filosofía, perplejo ante la pregunta del niño, le hace esta proposición:

— Preguntemos a los sabios y veamos qué responden.

Va hacia su biblioteca y echa mano de un libro cuyo título es: *Historia General de la Cultura Humana*. En su índice aparecen apartados sobre las distintas tradiciones de la cultura universal.

- Empecemos por los griegos, le dice al niño.
- Maestro Homero, ¿cómo responderías a mi hijo?

Y el gran sabio griego, con largas y canosas barbas, voz ronca y palabra pausada, responde:

- Tu madre, querido niño, está en el Hades, abajo, en las profundidades de la tierra. Está semidormida, no siente ni padece. Del Hades no hay retorno. Pero no sufras por ella. Disfruta de la vida que te queda. La verdadera felicidad está en este mundo. Mira a los héroes, sus hazañas, sus virtudes, su fama. Tú también puedes serlo. La muerte hay que aceptarla como la condición propia del hombre. Sólo los dioses son inmortales.

La respuesta no parece muy alentadora. Tal vez para el Gran Homero fuera suficiente. Pero el padre, insatisfecho decide seguir preguntando. Se encuentra ahora con Platón, rodeado de discípulos que escuchan atentamente sus doctrinas a la vez que le preguntan y discuten las mismas.

- Tú madre, responde el gran maestro Platón inclinando su majestuosa cabeza hacia el niño, ha returnedo al lugar de donde todos hemos venido y a donde volveremos después de morir. La muerte no es una desgracia, no ha de causarnos pena. Es una liberación de todas las pequeñeces, limitaciones y sufrimientos de esta vida. Tu mamá está feliz y no se descarta que vuelva algún día a existir entre las cosas que vemos. En cualquier caso, ella vive para siempre. Donde ella está ahora es la verdadera vida, la vida eterna de la que ésta es sólo una sombra. Esta vida es sólo un momento transitorio de aquella. El tiempo en el que nosotros vivimos es sólo una imitación de la eternidad en la que ella ahora está. Todos venimos de esa eternidad y todos volveremos a ella. La verdadera muerte es nacer en este mundo y morir es nacer para la vida superior y eterna. Tu mamá está mucho mejor que nosotros. Allí es plenamente feliz. Ella es la que vive verdaderamente y no nosotros.

La respuesta parece más alentadora. Pero entre los discípulos de Platón hay uno que pregunta más que los otros y que no parece tan convencido de las ideas de su maestro. Se llama Aristóteles, el escogido por su talento como consejero particular del Gran Alejandro.

- Veamos qué nos dice, hijo. Tal vez nos dé nuevas luces, comenta el padre.
- Tu querida madre, niño, ni goza ni sufre. La inteligencia con que pensaba y os hablaba es la misma con la que nosotros pensamos. Esa inteligencia no muere, es común a todos los humanos, es eterna. Cuando nacemos nos habita. Cuando morimos, se retira. Tu mamá ya no volverá a existir. Pero no te preocunes. Dios y la Naturaleza saben muy bien lo que hacen y lo que hacen es siempre lo mejor. Ten confianza. Ellos nunca se equivocan, *no hacen nada inútilmente*².
- Tal vez, Aristóteles, tengas razón, pero tu respuesta atrae demasiado poco, replica el padre. Nos cuesta pensar que un ser que nos ha sido tan querido, a mi hijo y a mí, un ser tan concreto y personal para nosotros dos, un ser tan único en nuestras vidas, desaparezca en el anonimato. Esa inteligencia que tú dices ya no es ella, ya no es mamá para mi hijo ni esposa para mí. Y si la Naturaleza no se equivoca y lo hace todo bien, ¿por qué puso en nosotros ese deseo tan fuerte de que María siga existiendo de alguna manera, de que siga siendo ella en persona y no sólo una inteligencia anónima, de que siga siendo para nosotros lo que fue en vida: un centro de cariño y afecto sin límites? Si ese deseo tan fuerte en nosotros no se cumple, entonces la Naturaleza falla y se contradice.

Y pasando página en el libro, se encuentra con otro grupo de sabios que enseñan la doctrina de un fenicio llamado Zenón. Sus nombres son Cleantes, Crisipo, Séneca, Marco Aurelio (emperador romano), Epicteto (esclavo liberto romano) y otros muchos más. No se ponen de acuerdo sobre la respuesta a dar al niño. Pero coinciden en decirle ciertas ideas para amortiguar su dolor y llenarle de buenas razones para seguir viviendo con ilusión su propia vida. Cleantes toma la palabra:

- Tu madre ya cumplió la misión para la que ha nacido. El momento importante de la vida humana no es la muerte, es el nacimiento. La muerte no nos ha de preocupar. Es un simple retorno a nuestro origen. Cuando una persona muere es como la gota que, habiendo salido del mar y fecundado los campos, retorna a él. Mientras existe como tal gota, tiene su propia personalidad. Cuando retorna de nuevo al mar, deja de ser tal gota, pero no deja de ser agua. Como agua sigue existiendo en el inmenso mar. Como gota individual ha desaparecido. La vida temporal se disuelve en la eternidad.

² Aristóteles, *De coelo*, I. 270b, 4-16.

- No te preocupes por la suerte de mamá. Está en buenas manos. El mismo Dios que la creó la recogió de nuevo en su seno. Ahora piensa en vivir tu propia vida y la misión para la que naciste: conocer las maravillas de Dios y alabarle, *vivir conforme a la naturaleza* que Dios te dio, desarrollar al máximo tu inteligencia y ser cada vez más feliz en la virtud usando bien tu libertad. No te equivoques de camino: la fama, la riqueza, los placeres materiales, etc., no son precisamente fuente de verdadera felicidad.
- La felicidad sólo la encontrarás en la medida en que obres conforme a la razón que llevas en ti. Y es conforme a la razón (a tu naturaleza racional) el que te esfuerces por conocer la gran síntesis que eres tú mismo de personalidad individual y de cosmos universal, de tiempo y de eternidad.
- Esa sabiduría se ha de completar en el aspecto afectivo con un *amor universal* (*oikeiōσις*). Éste empieza con el amor propio hacia uno mismo, pero se debe extender hacia los más próximos: padres, hermanos, vecinos, ... y así hasta alcanzar a toda la humanidad. Tu vida se ha de convertir así en una *casa de amor* en la que todos los humanos puedan encontrar su hogar.
- Obras conforme a la razón amando profundamente a tu madre. Pero no te quedes ahí. Eres ciudadano del universo, un cosmopolita. Eres un microcosmos o síntesis del mundo entero. No te preocupe la muerte, ni la tuya ni la de los demás. La muerte es *natural*. Pertenece a la ley de Dios. Él sabe bien lo que hace. Es providente y lo gobierna todo. Cumple tu misión usando bien tu libertad. Lo demás está todo en manos de La Divinidad. Piensa que tu tiempo es breve y que, cuando mueras, formarás parte, como ya lo hace tu madre, de ese gran holocausto (*ávaθνιμάσις*) del universo entero al Dios supremo que tiene lugar en la conflagración universal (*éκπύρωσις*), que se repite cíclicamente.
- Tu gran tarea vital la llevas programada en tu interior. No está en luchar por alcanzar un paraíso después de la muerte. Está en desarrollar esas nociones morales fundamentales que ya están grabadas en tu interior (*προλίψις*). Tu gran utopía es alcanzar la *síntesis*, la *armonía*, entre esa maravillosa facultad de tu libertad y la recta razón, semilla de eternidad (*σπερματικός*), que vive dentro de ti.
- En esa síntesis encontrarás tu plenitud humana, tu paraíso, tu felicidad. Cada uno de nosotros somos a la vez gota y agua, tiempo y eternidad, criatura y Divinidad. En la gota, en el tiempo, en la criatura que somos, está la libertad que podemos desarrollar de acuerdo o en contra del agua que es nuestro origen, de la eternidad que llevamos dentro, de la

Divinidad que nos ha creado. No yerres el camino y aprovecha tu tiempo (*bioc*), que es tu oportunidad.

Y leyendo las biografías que aparecen resumidas al lado de la doctrina estoica, el padre observa que algunos estoicos, como Séneca, fueron capaces de dar su vida para ser consecuentes con su propia doctrina. Observa también que el emperador Marco Aurelio es asesinado por considerar a los esclavos y a los vencidos en la guerra como verdaderos hermanos y con derecho a ser también ciudadanos romanos. Pero eso iba en contra de ciertas leyes clasistas de Roma. Séneca y Marco Aurelio sellan con sus vidas la fuerza de sus propias creencias.

— ¿Qué fuerza tendrá esta doctrina que sus creyentes dan incluso la vida por ella? ¿Será cosa de que tengan razón, hijo mío? No esperaban un paraíso en el Más Allá, no creían en la inmortalidad personal. Sin embargo, sus creencias fueron más fuertes que la muerte misma.

Pero algo todavía hay en esa doctrina que no satisface del todo. Padre e hijo se resisten a pensar que esa madre y esposa tan concreta, con la que ellos vivieron una vida tan entrañable, haya desaparecido como tal madre y esposa. Decir que María ya no existe con su nombre propio, con sus sentimientos concretos, con su amable rostro, deja un vacío que no se puede resistir. Quieren que siga viviendo y buscan otra respuesta.

En la página siguiente aparece la figura majestuosa de un señor que lleva una mitra en la cabeza, un báculo en la mano y una capa sobre los hombros. Bajo la ilustración está escrito: San Agustín de Hipona, obispo cristiano. El *San*, abreviatura de *santo*, quiere decir que los cristianos le toman como un modelo de vida, de lo que ha de ser un cristiano consecuente con sus propias creencias.

— Veamos lo que dice este buen hombre, comenta el Padre.

San Agustín, antes de responder, hace esta pregunta:

— ¿Tu madre era cristiana?

A lo que el niño se apresura a responder:

- Sí. Mamá se bautizó y me estaba enseñando a mí, para bautizarme también. Me decía que un tal Jesús de Nazareth murió para salvarnos del pecado y de la muerte. Pero ella murió y ahora no sé dónde está.
- Querido niño, responde Agustín con voz cariñosa y firme, tu madre no ha muerto en realidad. Tu madre vive y algún día la volverás a ver y abrazar. Vive para siempre en un Paraíso donde todo es paz y felicidad. Tú no la ves, pero ella te ve. Tú no la oyes, pero, si le hablas, ella te escucha. Los que

siguen a Jesús de Nazareth no mueren para siempre. Ya en este mundo empiezan a vivir una vida eterna, que culmina después de morir.

- Pero ¿por qué tenemos que morir?, pregunta el niño.
- Todos venimos de Dios, contesta Agustín. Él ha creado todas las cosas y las ha creado bien. Pero dio al hombre la libertad de hacer el bien y el mal. El mal consiste ante todo en desobedecer a Dios. El primer hombre desobedeció, cometió así el primer pecado y con el pecado vino la muerte.
- Y, si Jesús de Nazareth era tan bueno, ¿por qué murió?, insiste el niño.
- Murió para convertir la misma muerte en fuente de nueva vida, responde Agustín. Muriendo Él, nos dio a todos la posibilidad de liberarnos de las secuelas del pecado, de liberarnos incluso de la misma muerte. Nos dejó también la promesa de una *vida eterna* junto a Él, después de morir. Allí cada uno que entra conserva su propia personalidad, su nombre, su forma de sentir y pensar y verá cara a cara al mismo Dios que ha creado todas las cosas.
- Además, nos aseguró que resucitaremos como Él resucitó. Por tanto, tu mamá volverá a tener ese cuerpo que ahora perdió y tú, cuando hayas muerto y resucitado, podrás vivir junto a ella para siempre, sin el temor de que ya nada ni una nueva muerte os separe.
- Entonces ¿qué hago ahora?, señor Agustín.
- Estudia el mensaje de Jesús, pide que te bauticen y vive tu vida conforme a la fe cristiana. No busques la riqueza ni la fama ni los placeres de este mundo. Busca hacer el bien a los demás. Sigue los consejos de tu padre y convéncete para que también él siga el camino cristiano. No olvides que esta vida es breve. Aprovecha tu tiempo, tu oportunidad, que sólo tienes una, para entrar ya, en esta misma vida, en la *Ciudad de Dios*, que es el verdadero y único camino de la eternidad.

El Padre observa atento toda la conversación y se queda maravillado de la firmeza y seguridad con que habla Agustín a su niño. Pero él no es cristiano y continúa buscando.

En la página que sigue se lee este título: *Extracto de la cultura bantú*, escrito por el filósofo negroafricano llamado John Mbiti. Éste, intuyendo ya la pregunta del Padre, le ofrece la respuesta bantú:

- Tu esposa no está muerta. Ella vive. Sólo ha muerto su cuerpo. Su espíritu sigue junto a ti esperando que tú le ofrezcas los ritos, sacrificios y oraciones que la tradición tiene establecidos. No quiere que te olvides de ella. Quiere que tú y tu niño la recordéis en vuestras vidas y que la

recordéis por su nombre. Mientras vosotros y vuestros descendientes la recordéis, ella gozará de una *inmortalidad personal*.

- Cuando ya nadie quede que la recuerde, pasará a engrosar el infinito número de los espíritus anónimos. Estos viven junto al Gran Dios, pero nunca dejan de estar presentes en las vidas de los que están en este mundo. Pueden hacer bien y también causar daño. En realidad no viven en un Más Allá distante. Viven más bien *al otro lado*, en el *Zamani*, una dimensión paralela a esta existencia, que llamamos *Sasa*³.
- Vivos y muertos compartimos la eternidad y el tiempo. Ellos desde esa dimensión eterna influyen en nuestras vidas. Nunca se alejan del todo. Nosotros, con nuestras oraciones y sacrificios, con nuestra conducta en esta dimensión temporal, influimos en su vida eterna, contribuyendo a su felicidad y consiguiendo que nos sean propicios o provocando que nos sean adversos. No son indiferentes a nuestra vida en el *Sasa*.
- No hay resurrección ni hay retorno del *Zamani*, pero puedes estar seguro de que, si tú no abandonas en el olvido a tu mujer, ella permanecerá junto a ti, te ayudará en tus necesidades, te protegerá de los peligros, te defenderá de tus enemigos. Y en el *Zamani* espera a recibirte dulcemente cuando tu mueras.
- No deja de ser confortante tu respuesta, responde el Padre. Por otra parte, me da un poco de miedo eso de que los espíritus de los muertos están pendientes de nuestras vidas y de que, además de ayudarnos, también nos pueden hacer daño. ¿Cómo podemos saber si les agradamos o no? ¿Cómo podemos saber cuándo les provocamos o les irritamos? Si pueden estar presentes en cualquier cosa, en cualquier planta que yo necesito cortar, en cualquier animal que yo necesito matar para dar de comer a mis hijos, les puedo molestar y se pueden volver contra mí. Una sensación de radical inseguridad invade todo mi ser.
- Para eso están los amuletos, los ritos, las oraciones, dice Mbiti. Ellos te pueden alejar los peligros. Además, cuentas con los profesionales del mundo de los espíritus. Ahí tienes a los hechiceros, a los adivinos, a los sacerdotes. Ellos te dirán lo que has de hacer. Pero ten cuidado con los brujos; éstos nunca te traerán algo bueno y un brujo puede ser la persona que menos pienses.
- Me confirmas una vez más, replica el Padre, que el peligro acecha por todas partes. Me da la sensación de que todas las

³ Cfr. John Mbiti, *Entre Dios y el tiempo*, Madrid, 1991, p. 31.

cosas están vivas, habitadas por fuerzas cuya ambigua actividad puede ser provocada por mi conducta, incluso sin yo quererlo. Sin embargo, admiro que durante milenios tantos millones de negroafricanos hayan dado pleno sentido a sus vidas con estas creencias y apoyados en ellas hayan desarrollado todo un racimo de culturas dignas de admiración.

En ese momento interviene Jesús:

- Pasa página, papá, que esto parece un cuento.
- Veamos, veamos, contesta el padre.

Y ante sus ojos aparece la figura hierática de un hombre con un vestido gris, que cae liso hasta casi el suelo. Parece un hábito de monje cristiano. Barba enjuta y semicanosa. Pelo largo y desaliñado. Unas sandalias que casi sólo tienen suela. Una simple cuerda las sujetan a los dedos de los pies. Su mirada es serena, inspira paz. Parece que mira más hacia dentro de sí mismo que hacia fuera. Una mano caída y la otra apoyada sobre un báculo o bastón. Es un gurú, es decir, un maestro de la tradición hindú.

El padre y su hijo, antes de trasladarle la pregunta que traen entre manos, le contemplan durante un rato en silencio. Una rica conversación sin palabras hace de prólogo a su fortuito encuentro.

El gurú, sin pestañear, averiguando la grave pregunta en sus rostros, ilumina el suyo propio con una leve y brillante sonrisa. Transmite esperanza. Por fin se decide a hablar dirigiéndose más bien al niño:

- Tu mamá, querido niño, está más viva que tu mismo. Sólo ha muerto su cuerpo. Su espíritu espera una nueva reencarnación que podría ser en esa hormiga que ahora ves trabajando afanosa, en ese precioso pájaro de colores que cantando sobre ese árbol parece celebrar nuestro encuentro, en ese pez que se mueve por el río o en un niño que ahora mismo está naciendo.
- ¿Y no puedo verla? Pregunta Jesús lleno de curiosidad.
- Por supuesto que la puedes ver, responde el gurú. Pero tienes que cambiar de forma de mirar. El mundo está lleno de vida. Los que mueren vuelven a tomar otro cuerpo. Tú mismo ya has existido muchas veces antes. Posiblemente ya hayas existido como planta, como animal, incluso como niña, con otra mamá y otro papá.

Ante estas palabras las preguntas se amontonan en la cabeza de Jesús:

- ¿Y por qué nos encarnamos tantas veces? ¿Qué es, que no puedo matar una hormiga, no puedo cortar un árbol, no

puedo comerme un pez, ...? ¿Soy el mismo que fui en esas otras existencias? ¿Puedo saber en qué me voy a reencarnar cuando muera? ¿Por qué no me acuerdo de lo que fui antes? ¿No es aburrido reencarnarse una y otra vez sin fin? ¿Y mi madre ya no volverá a ser mi madre?

- Demasiadas preguntas para responder en un simple encuentro, responde el gurú. La respuesta exige un largo período de educación. Pero te diré algunas cosas más fundamentales. Las reencarnaciones sucesivas (*samsara*) son un reflejo del tiempo circular y cíclico al que están sujetas todas las cosas. Tener que reencarnarse es tener una nueva oportunidad de purificarse, de liberarse de todas las ataduras (*karma*) que nos ligan a este mundo temporal, de las secuelas de todas nuestras malas acciones y errores. Para nosotros la gran preocupación no es tener que morir. Es tener que volver a nacer. Morir es la gran oportunidad de liberarnos definitivamente del tiempo y entrar en la eternidad, donde ya sólo hay felicidad sin retorno.
- ¿Y cómo es la eternidad?, insiste el niño.
- Allí cada uno que muere entra en un estado de intimidad, de unión, incluso de identidad, con el Dios que él amó aquí en la tierra. En cualquier caso, ese estado de beatitud final es de muy difícil descripción.
- Y, para llegar a ese paraíso, ¿qué tenemos que hacer?
- Hay diferentes caminos. Lo más fundamental es que frecuentes el contacto con la divinidad que has elegido, que fijes en ella tu pensamiento, que veneres su imagen, que repitas su nombre y escuches sus enseñanzas. Debes conocer la vanidad de este mundo no eterno y seguir las lecciones de un maestro. Y no olvides: «si el hombre hace el bien, sin perder un solo día, levanta una piedra que obstruye el camino de los renacimientos» (Valluvar, siglo II)⁴.
- El niño se vuelve hacia su padre y exclama: ¡Papá, esto no parece nada fácil! Parece un mundo nuevo.

En la página de enfrente aparece la imagen de un hombre con el pelo rapado, un hábito rojo y largo hasta los pies. También lleva sandalias. Una manta roja que le envuelve desde su hombro izquierdo pasando por su cadera derecha. Frente despejada, ojos vivos. Su mirada parece que quiere hablar, que tiene algo que decir. Se trata de un monje budista.

- Nada perdemos por escucharle, dice José a su hijo. Total, no tenemos prisa.

⁴ Cfr. P. Poupart, *Diccionario de las religiones*, Barcelona, 1987, p. 1004.

- Jesús, tu mamá ya puede estar en el *País Puro* o *Sukhavati*, dice el monje. No podemos estar seguros. Todo depende de cómo se haya portado mientras vivió en este mundo.
- Mamá fue muy buena, se apresura el niño a responder.
- Y yo estoy dispuesto a jurarlo, añade el padre.
- Para que podáis comprender dónde y cómo puede estar vuestra María, continúa el monje, es necesario que conozcáis las cuatro grandes verdades de nuestra fe budista.
- A mí siempre me gustó conocer la verdad, añade el padre.
- Pues bien, estas son. La primera es que la *condición doliente del hombre*, que nosotros llamamos *dukkha*, es universal. A ella pertenece el tener que nacer, tener que envejecer, tener que enfermar, tener que morir, no tener lo que se desea y tener que estar separados de lo que amamos, como vosotros estáis ahora separados de María. A esa situación doliente pertenece también el tomar conciencia de que nada de este mundo es permanente, nada es sustancial, todo es vano y vacío de consistencia. La segunda es que el origen de toda esa situación doliente o *dukkha* es el deseo ávido y apasionado de seguir atado a las cosas de este mundo. Ese deseo constituye la energía más poderosa en este mundo y ella es la causa de la reencarnación después de cada muerte. Es la fuerza de lo que nosotros llamamos *karma*. La tercera es la liberación de esa situación doliente. Podemos liberarnos de ese encadenamiento. Si suprimimos ese deseo, suprimimos el *karma*, y, si nos liberamos del *karma*, nos liberamos de la reencarnación o *samsara*. De esa manera, habremos vencido a la muerte y entrado en el camino de la eternidad, que nosotros llamamos *nirvana*. Y la cuarta verdad es precisamente la del camino que conduce a esa meta suprema o *nirvana*.
- ¿Y cómo podemos alcanzar ese paraíso? pregunta el niño.
- Nosotros proponemos ocho caminos, que resumimos en tres enunciados: la sabiduría (*prajñā*), por la que superamos la ignorancia de creer que las cosas de este mundo son consistentes y permanentes; la conducta moral (*sīla*) y la disciplina mental (*saṃādhi*). Llevar a cabo esta educación requiere tiempo y paciencia. Aquí me tenéis, si queréis intentarlo.

Un pensamiento

Después de tan variadas respuestas, el padre, que es amigo de la filosofía, recopilándolas en su mente, no puede menos de preguntarse a sí mismo: ¿qué es ese tiempo en el que vivimos? ¿Qué es la eternidad de la que dicen que venimos y a la que tantos creen que volvemos?

Homero me dice que es una forma de vida exclusiva de los dioses. Que sólo ellos son inmortales y que los humanos, mortales por naturaleza, no deben caer en la tentación de querer ser inmortales como los dioses. El oráculo de Delfos: *conócete a ti mismo* o reconoce tu condición de mortal y no quieras ser como los dioses, recuerda ese dogma fundamental a todos sus devotos: la Inmortalidad (eternidad) no es cosa de hombres.

Platón da a entender que el tiempo es una *imitación de la eternidad*, una realidad de segundo orden. Lo verdaderamente real es lo eterno. Que nuestra alma es eterna. Que su paso por el tiempo de esta existencia en el mundo de las cosas sensibles es sólo un *momento* de su vida, que no tiene inicio ni fin. La inmortalidad es, entonces, esencial al hombre en cuanto espíritu. Sólo muere su cuerpo. Nunca muere su alma. Pero, ¿quién tendrá razón: Homero o Platón?

Aristóteles sostiene que el tiempo como sucesión, ese que vivimos y observamos cada día, existe *dentro* de la duración no sucesiva, de la duración eterna, de la Gran Esfera que es el Universo como un todo. En ella todo está presente a la vez. Vivimos, por tanto, temporalmente, pero rodeados por todas partes de la eternidad. La eternidad aparece como un gran seno materno, lleno de vitalidad, en el que nacemos, crecemos y morimos, disfrutando de una sola alma racional y universal, que todos compartimos⁵.

Esa Gran Esfera, que todo lo abarca, es eterna, no sujeta a ningún tipo de generación y corrupción. Pero dentro de ella las cosas concretas, las distintas formas de vida, los seres humanos, nacen y mueren, se generan y se corrompen. Están sujetas al tiempo destructor.

Aristóteles define ese tiempo como «la medida del movimiento según lo anterior y lo posterior». Al principio no entendía muy bien qué quería decir con esto. Pero hablando con él, con su *Física* y su tratado *Del Cielo*, me pareció un esquema de conjunto sorprendentemente armonioso.

Este gran sabio griego supone que la realidad fundamental de todas y cada uno de las cosas es la *naturaleza* (*φύσις*). La naturaleza es una realidad dinámica. Por eso, el movimiento es esencial a todas las cosas. También a la Gran Esfera.

Cuando dice que el tiempo es la medida del movimiento queda excluido el movimiento de la Gran Esfera. La razón es muy sencilla. Su único movimiento es el de *rotación*, que no tiene principio ni fin. La Gran esfera no tiene movimiento local de *traslación*. Para que haya movimiento de traslación tiene que haber espacio y cosas a través de los cuales se dé la traslación. Pero, fuera de la Gran Esfera no existe

⁵ Aristóteles llama *νοῦς* a esa alma racional universal. Para que un ser vivo pueda ser un hombre ha de estar *habitado* por esa alma racional universal. Es un alma ingénita, no creada, eterna, inmortal. El alma individual (*ψυχή*) de cada hombre, aquélla que conserva la memoria de todas las vivencias personales, es mortal. Es inseparable del cuerpo. Cuando éste muere, ella también desaparece. No hay posibilidad, por tanto, de reencarnación, porque no hay inmortalidad personal.

No obstante, también, según Aristóteles, la que propiamente constituye al hombre en cuanto tal, es lo que hay de eterno en él, es esa alma racional universal, aunque la entienda como algo impersonal.

absolutamente nada, ni espacio alguno ni cosas. Por tanto, su movimiento sólo puede ser de rotación, en torno a su centro, que es la Tierra. Fuera de ella no existe ningún espacio porque ella abarca todos los espacios.

En la rotación no hay un punto anterior y otro posterior. Cualquier punto es a la vez principio y fin del movimiento rotatorio. No hay sucesión. Su movimiento dura, pero es una duración no sucesiva. Esta duración no puede ser medida por ninguna otra. Ella es el punto último de referencia con relación al cual se miden todos los otros tipos de duración.

Aristóteles la llama *eternidad*, porque es la duración propia del éter, el elemento del que está constituida la Gran Esfera⁶, la que envuelve y contiene a todas las cosas corporales que existen.

Dentro de ella, todo movimiento implica sucesión de momentos ya sea el de los astros con movimiento de rotación y traslación; ya sea el de los movimientos locales en el mundo sublunar y terrestre, que son movimientos lineales de ida y retorno; ya sea el movimiento de generación y corrupción que tiene lugar en el mundo orgánico. En todas estas formas de movimiento se da sucesión, se dan momentos anteriores y posteriores. Pues bien, dice Aristóteles: el tiempo propiamente dicho es la medida de ese tipo de movimiento sucesivo. El tiempo es la duración sucesiva. Es decir, es la medida del movimiento sucesivo, en el que se distinguen momentos *anteriores* a otros *posteriores*.

Esta duración sucesiva sólo tiene lugar *dentro* de la duración no sucesiva de la Gran Esfera. El tiempo, por tanto, está y se desarrolla dentro de la eternidad. Es una parte de la eternidad. La Gran Esfera, como un Todo, es eterna, pero dentro de sí, en sus entrañas, está y actúa el tiempo. Dentro de esa eternidad, se podría decir con este gran maestro, todo se transforma, pero nada desaparece.

La Gran Esfera tiene su propia causa de movimiento. Aristóteles la llama Motor Inmóvil, que los teólogos cristianos, judíos y musulmanes medievales identifican con Dios.

La respuesta armoniosa de este hombre, piensa el padre para sí, es un consuelo más intelectual que afectivo. Realmente le admiro, pero siento que su respuesta no me basta. No obstante, veo en su doctrina que algo de mí mismo quedará para la eternidad, aunque sólo sea esa *razón universal* que hace de mí un ser humano racional, distinto a las demás formas de vida terrestre. Algo de mí viene de la eternidad y retorna a ella. Incluso mi ser más particular y temporal nace, vive y muere dentro de la eternidad de la Gran Esfera que todo lo contiene.

⁶ Cfr. Aristóteles, *De Coelo*, I. 2276, 35-38. La Gran Esfera es un cuerpo sin gravedad (*βαρός*), sin levedad (*κοντότες*), ingenerable (*άγενητον*), incorruptible (*άφθαρτον*), inalterable (*άναλοιτον*) e impasible (*άπαθες*). Estas son todas cualidades del cuerpo eterno, constituido del elemento éter (*αιθήρ*). Según Anaxágoras, la palabra *αιθήρ* se deriva del verbo *αἴθω*, “alumbrar”. El éter es asociado al brillo y luminosidad del cielo por los autores contemporáneos de Aristóteles. La eternidad es, entonces, la duración propia del éter, es decir, de la luminosidad cósmica. Luz y eternidad van unidos. La luz es también nota esencial de los paraísos escatológicos de origen bíblico y de muchos otros, que nada tienen que ver con Aristóteles. La luz es símbolo de vida, de alegría, de felicidad.

Los estoicos no separan, como Aristóteles, lo temporal y lo eterno. Aristóteles pone la eternidad en la Gran Esfera exterior y lo temporal en su interior. Para los estoicos, lo temporal es *lo que aparece*, lo que se manifiesta en formas concretas. Lo eterno es lo que actúa desde dentro de lo temporal, lo que hace que lo temporal nazca y muera, lo que permanece a través de todos los cambios, pero desde *dentro* de ellos mismos.

Lo eterno es el Logos Supremo, un Dios que todo lo crea, todo lo genera y todo lo reabsorbe cuando fenece y muere. El tiempo, las cosas temporales concretas, son manifestaciones de esa eternidad divina. Pero no lo son todas en el mismo grado. El hombre lo es de una forma superior. Cada hombre tiene su *logos* y cada logos humano es como un trocito o una gota del inmenso mar que es el Logos divino.

Donde Aristóteles pone *naturaleza* como principio de todo movimiento, los estoicos ponen *vida* (ζωή). La vida se extiende por todo el Universo. Su fuente es el Logos Supremo. Esa vida en el hombre adquiere ese grado superior, el racional, el de vida más razón (ζωή más λόγος). Cada hombre es así una concreción del Logos divino. Ese logos particular de cada persona humana es reabsorbido por el Logos divino en el momento de la muerte. Su muerte es un momento de la gran muerte por la que pasa cíclicamente el Universo entero.

El Universo está sujeto a conflagraciones cíclicas, siempre bajo la Providencia divina, que permanece a través de todas ellas. El tiempo aparece como una vestidura transitoria de la eternidad. Y la vida humana como el vestido más hermoso que la eternidad escoge para sí misma⁷.

San Agustín se plantea de una manera muy directa y explícita el problema de la relación tiempo-eternidad. Ese problema lo toma como un aspecto de otro más global: el de la relación criatura-Creador. Y es que el tiempo es sólo un aspecto de las cosas creadas. No es algo que exista por sí mismo ni antes que las cosas. Por tanto, fuera de la creación no había un *antes*, porque no había tiempo, no había sucesión de nada. Sólo la eternidad, sólo Dios mismo.

De manera sencilla y no por eso menos profunda parte de la evidencia de que lo que se muda y cambia tiene que haber sido creado⁸. Razonada así la creencia en la Creación, surgen inevitablemente las preguntas de cómo tuvo lugar esa creación, la de qué hacía dios *antes* de la Creación y la de cuándo se decidió a crear.

El *cómo* lo resuelve San Agustín recurriendo a una concepción de Dios muy semítica. Dios es esencialmente Verbo (Logos) creador. Ya vimos que esta manera de concebir a Dios es clave en el pensamiento estoico (de origen semita). En el

⁷ Este Logos Supremo de los estoicos está presente en todas las cosas, actúa desde dentro de ellas como una *causa eficiente*. Las mueve mas bien *empujándolas*. La eternidad actúa desde dentro de la cosa temporal. En la visión de Aristóteles, Dios o el Motor Inmóvil del movimiento de la Gran Esfera actúa mas bien como *causa final, mueve las cosas atrayéndolas*, no *empujándolas*.

⁸ *Ecce sunt coelum et terra, clamant, quo facta sunt; mutantur enim atque variantur... Clament etiam, quod seipsa non fecerint: Ideo sumus, quia facta sumus; non ergo sumus, antequam essemus, ut fieri possemus a nobis* (*Confes. XI, 4,6*)

prólogo del Evangelio de San Juan Dios y el Verbo aparecen como idénticos, a la vez que diferentes:

Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios⁹.

Dios creó todas las cosas, el cielo y la tierra, mediante su Palabra¹⁰. Pero esta su palabra creadora no es, a su vez, una palabra creada, una palabra que suena físicamente. No es una palabra hebrea ni una griega o latina ni de lengua humana alguna. Es una Palabra increada, idéntica al mismo Dios, coeterna con Él¹¹. Esta Palabra creadora no va *diciendo* las cosas sucesivamente, una tras otra, sino que las *dice* todas al mismo tiempo y sempiternamente. Eso no quiere decir que las cosas pasen a existir todas a la vez. Cada cosa empieza y acaba según el designio divino, porque al crear las cosas crea el tiempo y la sucesión¹².

Algunos se preguntan, dice Agustín, qué hacia Dios *antes* de la Creación. Si no hacía nada, ¿por qué no siguió sin hacer nada? Y, dado que de hecho se decidió a crear, entonces hay en Él un *antes* y un *después* de esa decisión. Pero el *antes* y el *después* implican *sucesión* y eso es lo que constituye precisamente lo que es el tiempo. Entonces hay que decir que Dios no es eterno, sino temporal.

Para Agustín, el plantear estas cuestiones se debe al envejecimiento de la mente y a la ignorancia. En la *eternidad* no hay *antes* ni *después*, todo está simultáneamente presente. El presente eterno es su misma esencia. En el tiempo las cosas cambian y se suceden; por mucho que duren nunca constituyen eternidad. Al tiempo son esenciales el pretérito y el futuro. El presente es el instante por el que el futuro transita hacia el pasado. En la eternidad sólo hay presente. Y precisamente como presente eterno, ella es la que dicta los tiempos futuros y pretéritos¹³.

Por tanto, la pregunta qué hacia Dios antes de la Creación está mal planteada. Parte de un falso supuesto: el de que había un *antes*. Cuando en realidad no lo había. Y es que, refiriéndose al Creador, dice Agustín:

⁹ Jn. 1,1.

¹⁰ *Ergo dixisti, et facta sunt, atque in verbo tuo fecisti ea* (Confes. XI, 5,7).

¹¹ *Vocas itaque nos ad intelligendum Verbum, Deum apud te Deum, quod sempiterne dicitur et eo sempiterne dicuntur omnia* (Confes. XI, 7,9).

¹² *Et ideo Verbo, tibi coeterno, simul et sempiterne dicis omnia, quae dicis, et fit quidquid dicis ut fiat; nec aliter quam dicendo facis; nec tamen simul et sempiterne sunt omnia, quae dicendo facis* (Confes. XI, 8,10).

¹³ *Quis tenebit cor hominis, ut stet et videat, quomodo stans dictet futura et praeterita tempora nec futura nec praeterita aeternitas* (XI, 11, 13).

Tu hiciste todos los tiempos, y tu eres antes de todos ellos; no hubo un tiempo en que no había tiempo¹⁴.

Y es después de estas cuestiones y respuestas cuando Agustín se plantea la a la vez tan sencilla y tan difícil pregunta: ¿qué es el tiempo?, a la que responde:

Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero, si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé¹⁵.

San Agustín aborda la respuesta suponiendo que el tiempo consta de tres momentos: pasado, presente y futuro, que, por esencia, sólo pueden existir sucesivamente. Sin embargo, en nuestra mente coexisten simultáneamente: el pasado como memoria y recuerdo, el futuro como imaginación y espera, y el presente como visión directa. En realidad, dice Agustín, no se trata de tres tiempos, sino de tres formas de presente:

El presente de las cosas pasadas (la memoria), el presente de las cosas presentes (visión) y el presente de las cosas futuras (expectación)¹⁶.

A propósito de la coexistencia tiempo-eternidad resulta interesante el concepto de *presente* que San Agustín describe. El presente, tanto el eterno como el temporal, constituye el punto de referencia central para medir y determinar el tiempo, su duración, su pasado y su futuro. La eternidad es presente sin pasado ni futuro. El presente temporal es el punto medio que a la vez separa y une el pasado y el futuro. Es presente sólo en cuanto momento de transición del futuro hacia el pasado.

Pero esta reflexión de San Agustín parece incompleta. Hay que añadir otros aspectos que pueden ayudar a comprender más a fondo la relación tiempo-eternidad. El presente tiene un doble futuro: un hacia atrás y otro hacia adelante. Una parte del presente se irá (en futuro) al pasado; en este sentido, el pasado es futuro del presente. Otra parte del presente se irá al futuro. Se puede decir que se transformará en otra cosa, se realizará, se actualizará. Es un futuro hacia delante.

El futuro también tiene sus propios futuros: el de convertirse en presente y luego en pasado. Decimos que el futuro se hará (en futuro) presente algún día y luego se irá (en futuro) al pasado. El hacerse algún día presente es el futuro de lo que ahora es sólo futuro. Por lo mismo, el pasado es futuro de lo que ahora es presente; y también es futuro de lo que ahora es sólo futuro y algún día se hará presente para seguir hacia el pasado. Desde la perspectiva de lo que ahora es futuro, *su* presente y *su* pasado son ahora meros futuros.

¹⁴ *Omnia tempora tu fecisti, et ante omnia tempora tu es, nec aliquo tempore non erat tempus* (*Confes.* XI, 13, 16).

¹⁵ *Confes.* XI, 14, 17.

¹⁶ *Confes.* XI, 20, 26.

El futuro de una semilla es la planta. Pongamos una bellota: su futuro es el roble. Mientras se conserve como semilla el roble que lleva dentro de sí en potencia se queda en mera posibilidad. Como tal *posibilidad* tiene, a su vez, su propio futuro: llegar a ser un roble real o hacerse *presente* como roble. En este sentido el presente de ese roble aún no hecho realidad es el futuro de esa posibilidad.

En la semilla la posibilidad del roble ya está presente, pero el roble aún no lo está. El roble real es futuro actual de un roble potencial.

Una vez nacido el roble, una vez hecho presente, tiene un doble futuro. Un futuro hacia adelante: producir su flor y unas nuevas bellotas, que podrán germinar nuevos robles. El otro futuro que mira hacia atrás: ese viejo roble algún día desaparecerá para no retornar.

Dicho de otra manera: las cosas sujetas a duración sucesiva tienen un doble futuro. Uno hacia el nuevo ser que pueden llegar a ser y otro hacia el viejo ser que perderán. En un sentido, pasado y presente nacen del futuro. En otro, el presente nace del pasado y el futuro nace del presente. En el orden de la actualidad el presente nace del pasado y el futuro nace del presente. En el orden de la potencialidad, el presente nace del futuro y el pasado del presente.

Por todo ello, no puede haber pasado, si primero no hay presente, ni presente, si primero no hay futuro. Tampoco puede haber futuro, si primero no hay presente, ni presente, si primero no hay pasado.

Pasado, presente y futuro se implican mutuamente. Donde está uno allí están los otros dos. Constituyen tres puntos de vista o tres perspectivas de ver la duración sucesiva de las cosas.

Pero, si no puede darse uno de ellos sin estar los otros dos, si los tres tienen que darse de alguna manera simultáneamente, entonces parece que estamos ante la eternidad, ante el eterno presente. Es como si el tiempo llevase en sí mismo el estigma de la eternidad. No es la eternidad, pero lleva el sello de lo eterno.

¿Será que la eternidad es la *síntesis* del tiempo? ¿Será que el tiempo es sólo la *perspectiva humana* de la duración y que la eternidad será la *perspectiva* divina de la misma? ¿Será que el hombre es una síntesis de tiempo y eternidad? Pues habla de ambas cosas, siente ambas cosas, como si tuviese las dos perspectivas.

Maravilloso misterio que ha merecido el esfuerzo de comprensión de todas las culturas, de los sabios y filósofos de todos los tiempos.

Una reflexión

Hemos visto cómo las distintas religiones y filosofías interpretan la duración de la vida humana de muy distintas maneras. En la mayoría de ellas esa duración del hombre se alarga en la eternidad. Para muchas de ellas, la duración temporal del alma humana es sólo un *momento* de su duración eterna. De la eternidad venimos y a la eternidad volvemos. *Pasamos* por el tiempo y vivimos en la eternidad.

Mientras duramos en el tiempo, sin embargo permanecemos. Nuestra existencia terrenal está llena de acontecimientos que pasan. Pero ese correr de los acontecimientos y del tiempo no lo podríamos percibir, si nuestra conciencia de ellos no fuese algo permanente.

Recuerdo cuando era niño, cuando era un adolescente, cuando ya fui adulto, ... y ahora, que ya soy un sexagenario, puedo hacer un recorrido global de toda mi existencia pasada. Siento que a través de todo ese tiempo que pasó siempre fui yo. Mi yo siempre fue el mismo, ese yo que resuena en mis oídos al oír pronunciar mi nombre.

Por tanto, percibimos el tiempo desde lo que permanece, desde lo que trasciende el tiempo, desde nuestra conciencia en cuanto ella misma resiste el pasar del tiempo.

Ese resistir al paso del tiempo, ese estar siempre en el presente, se aproxima mucho a lo eterno. La eternidad es un presente eterno, que no pasa. ¿No será, entonces, que somos realmente eternidad?

No sólo tenemos la experiencia de que nuestra conciencia permanece a través de toda la existencia terrenal que vivimos, sino que dos grandes cuestiones la apremian a través de toda la historia de la humanidad: ¿De Dónde (*Woher*) venimos? ¿Hacia Dónde (*Wohin*) vamos?

Son dos preguntas de eternidad que el hombre se ha esforzado en responder con infinitud de mitos. A la primera, con preciosos *mitos de los orígenes*¹⁷. A la segunda, con los llamados *mitos escatológicos*¹⁸ y otras muchas formas de interpretar el Más Allá.

Los Mitos del Gran Tiempo, los que interpretan el tiempo total de Universo y el tiempo total de la humanidad, representan grandes esfuerzos del hombre por comprender la relación última entre la eternidad y el tiempo. En todos ellos, ya sea el mito del Gran Tiempo Lineal (tradiciones judía, cristiana y musulmana), ya sea el mito del Gran Tiempo Cílico (tradiciones griegas, orientales y muchas otras) o el mito del Gran Tiempo Simultáneo (tradiciones negraofricanas) siempre aparece la eternidad abarcando la duración temporal.

El deseo de eternidad, de sobrevivir a la muerte, parece una constante en la historia de la humanidad. No sólo aparece como un deseo de eternidad, sino como un eterno deseo de la humanidad.

Para terminar: El hecho de que el tiempo nos resulte tan misterioso, tan difícil de comprender y explicar, ¿no significará que realmente somos eternidad?

¹⁷ Cfr. M. Eliade, *Mito y realidad*, Madrid, 1973.

¹⁸ Cfr. J. Avelino de la Pienda, *Paraisos y utopías. Una clave antropológica*, Oviedo, 1997.

